

Crónica de una disidencia: Miguel Henríquez Guzmán, 1952

Elisa Servín

La noche del siete de julio de 1952, veinticuatro horas después de las elecciones presidenciales, las calles del centro de la ciudad de México se encontraban bajo control militar. Si bien las declaraciones gubernamentales se referían ya a “las elecciones más limpias y tranquilas”, al día de la votación le seguiría la brutal represión de la llamada “Fiesta de la Victoria”, convocada por la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano (FPPM) para festejar el triunfo de su candidato a la presidencia, el general Miguel Henríquez Guzmán.

El ingeniero Pedro Martínez Tornel, presidente de la Federación, explicaría algunos días después que la celebración había sido convenida la noche del seis de julio, cuando los resultados electorales empezaron a conocerse en las oficinas de su agrupación. De acuerdo a estos informes, la mayoría de sus candidatos habían ganado y por ello la comisión política de la Federación decidió congregarse a sus militantes y darles públicamente las buenas noticias.¹

Así, la mañana del siete de julio los periódicos publicaron la invitación para reunirse esa tarde frente de las oficinas del Partido Constitucionalista Mexicano (PCM), integrante de la FPPM, en avenida Juárez. Sin embargo, al mediodía, el vespertino *Ultimas Noticias* daba a conocer el siguiente decreto, expedido por Ernesto P. Uru-churtu, secretario de Gobernación y presidente de la Comisión Federal Electoral:

La campaña política para la elección de Poderes Federales ha terminado definitivamente. Todo acto político, mitin o manifestación que quiera efectuarse con pretexto de dicha campaña no será permitido por ningún motivo, ya sea que pretendan realizarlo los partidos políticos o grupos que no tengan ese carácter (. . .) Ni la Comisión Federal Electoral ni los organismos que dependen de ella pueden admitir la presión injustificada de actos públicos ilegales de ninguna naturaleza. Esta disposición comprende a todos los partidos políticos y a todos los grupos de ciudadanos, quienes deben cumplir en esta materia con la ley y con los acuerdos de la Comisión Federal Electoral.²

Algunas horas después, la segunda edición del mismo periódico publicaba las amenazadoras palabras del general Leandro Sánchez Salazar, Jefe de Policía del Distrito Federal: “Se han dictado ya las disposiciones necesarias para que la policía evite dicho mitin en los términos que corresponda”. Sin embargo, aun antes de que el periódico se vendiera, la amenaza se volvía realidad.

Desde temprano en la mañana, grupos de campesinos se congregaban en el parque de La Alameda, frente de las oficinas del PCM y hacia las cinco y media de la tarde era ya una multitud que incluía muchas mujeres y niños, la que esperaba a que empezara la fiesta. A esa misma hora,

según consignan los reportes de la prensa, agentes del temible Servicio Secreto se entrevistaban con los líderes de la Federación exigiéndoles que dispersaran el mitin. A las intimidaciones verbales pronto les siguieron las provocaciones: “manos anónimas” lanzaron piedras contra los agentes y minutos después los granaderos intentaban replegar a la gente lanzando bombas lacrimógenas. Poco antes de las siete, hora convenida para que empezara el mitin, las calles principales del centro se habían convertido en un campo de batalla en el que los henriquistas resistían a las fuerzas de la policía y al ejército, que para entonces los habían rodeado. Mientras tanto, los líderes del PCM, Ignacio Ramos Praslow, Juan Martínez Barranco y Miguel Mendoza López, eran detenidos por agentes de la Dirección Federal de Seguridad en las oficinas de su partido.

Hacia las ocho de la noche, después de una hora de tiroteos, corretizas, cargas de caballería y embestidas con automóviles y jeeps militares, todavía se escuchaban tiros, mezclados con el ulular de las ambulancias, los insultos contra el gobierno y esporádicas aclamaciones a Henríquez Guzmán. Cuando los últimos grupos fueron finalmente dispersados, la policía empezó a arrestar a la gente que había buscado refugio en las calles y casas cercanas. Para entonces el resultado era un número desconocido de muertos, cientos de heridos y más de quinientos detenidos. La policía permanecía acuartelada y el ejército controlaba la ciudad.³

Hacia la disidencia

Hasta hacía poco tiempo, tanto el general Miguel Henríquez Guzmán como la mayoría de los líderes de la FPPM habían sido miembros activos de la llamada “familia revolucionaria”. Conocedores del sistema al que ahora se oponían, su militancia en los terrenos de la disidencia era ante todo el resultado de una exclusión: Henríquez había fracasado rotundamente en sus intentos por convertirse en el sucesor oficial del presidente Miguel Alemán. Por segunda vez consecutiva se le negaba el acceso al camino más seguro hacia la presidencia de la República.

Resulta paradójico que los hechos más relevantes en la biografía político-militar del general opositor giraran, precisamente, en torno a la supresión de líderes y caudillos cuya resistencia a las decisiones de los sucesivos gobiernos centrales terminaría invariablemente en la muerte o el exilio. Originario de Piedras Negras, Coahuila, egresado del H. Colegio Militar y por ende miembro del ejército federal en plena dictadura huertista, el general Henríquez Guzmán se incorporó a la Revolución en las filas del constitucionalismo, al que cambió en su momento por la militancia obregonista.⁴ En 1923, al estallar la rebelión de Adolfo de la Huerta, el hasta entonces teniente coronel Henríquez Guzmán se trasladó a Tabasco con el fin de sofocar el alzamiento. Algunos años después, participó en la represión contra el movimiento cristero en Jalisco, acción que seguramente contribuyó a que en 1929 obtuviera el grado de general.

En 1935, ya durante la presidencia del general Lázaro Cárdenas, Henríquez regresó a Tabasco como comandante de la 29a. Zona Militar, esta vez con la misión de controlar a las huestes de Tomás Garrido Canabal. Desde entonces, su participación en la difícil vida política tabasqueña alimentó las sospechas de una cercana, tal vez incondicional, relación con Cárdenas.⁵ Terminada su labor en el sureste, y después de otra estadía pacificadora en los estados de Nayarit y Durango, Henríquez se trasladó como jefe de la 12a. Zona Militar a San Luis Potosí.

Esta vez, la actuación del general despejó cualquier duda acerca de su fidelidad y adhesión al presidente Cárdenas. En mayo de 1938, al mando de las fuerzas federales, Henríquez fue el encargado de suprimir el intento de rebelión militar encabezado por Saturnino Cedillo. El debilitamiento del cacicazgo cedillista facilitó la tarea al ejército, que sofocó el alzamiento incluso antes de que propiamente se llevara a cabo. Sin embargo, la misión militar no terminó sino hasta el 11 de enero de 1939, día en que Cedillo murió en un enfrentamiento en Cerro Ventanas, en plena sierra potosina.⁶ A raíz de este hecho, Henríquez recibió los elogios públicos del presidente Cárdenas, quien el 1o. de febrero de 1939 mandó publicar el acuerdo con la Secretaría de la Defensa

Nacional “para que se felicite a todos los elementos de la 12a. Zona Militar”.⁷ Pocos meses después, era ascendido a general de brigada.

Ya en los tiempos de la sucesión presidencial, Lázaro Cárdenas recurrió una vez más a la lealtad del militar coahuilense. En 1940, Henríquez fue designado Jefe de Operaciones de la 7a. Zona Militar en Nuevo León, en sustitución de Juan Andreu Almazán quien lanzaba su candidatura a la presidencia de la república. La designación no fue casual. La presencia de Henríquez era necesaria para neutralizar la fuerza almazanista en ese estado y, sobre todo, para prevenir una posible rebelión de la oficialidad neoleonense en favor del candidato opositor. En efecto, la dudosa derrota de Almazán provocó reacciones violentas en algunas zonas, entre ellas Monterrey, donde días después de las elecciones el general Manuel Zarzoza, “brazo derecho” de Almazán, moría en un enfrentamiento con fuerzas del gobierno al mando de Henríquez Guzmán.⁸

Siempre desempeñando funciones en el ámbito militar, en 1943 Henríquez fue designado Jefe de la 15a. Zona Militar en Guadalajara por el sucesor de Cárdenas, el general Manuel Avila Camacho. Como varios hombres de su época, para ese entonces Henríquez se había dado ya tiempo para combinar sus actividades militares con los negocios, particularmente en el ramo de la construcción; asociados él y su hermano Jorge, los Henríquez eran beneficiarios de jugosos contratos gubernamentales, sobre todo en el área de construcción de carreteras.⁹ La tranquilidad política de Guadalajara y los estrechos lazos de amistad del general con el gobernador Marcelino García Barragán, fomentaron un ambiente más propicio para los negocios que para la dura vida militar a la que Henríquez seguramente estaba acostumbrado. No obstante, su nombre reapareció en las primeras planas de los periódicos cuando en septiembre de 1944 salió de México al mando de la Misión Militar que asistiría a los festejos nacionales de la República de Chile.

La encomienda se transformó en una gira por varios países sudamericanos en la que —de acuerdo a las notas periodísticas— los mexicanos fueron objeto de “honorarios extraordinarios”. Evi-

dentemente, Henríquez mantenía una posición privilegiada en el ejército, que aunada a su cercanía con Cárdenas —en ese momento Secretario de la Defensa Nacional— le ofrecía buenas posibilidades en la ya cercana sucesión presidencial. En efecto, a fines de 1944 el militar coahuilense empezó a ser mencionado como uno de los aspirantes a la candidatura del partido oficial para la presidencia. Entre sus rivales en la lucha por la nominación, se mencionaba a Miguel Alemán, Secretario de Gobernación; Javier Rojo Gómez, Jefe del Departamento del Distrito Federal; Ezequiel Padilla, Secretario de Relaciones Exteriores y Marte R. Gómez, Secretario de Agricultura.

Desde el principio, la precandidatura de Henríquez estuvo acompañada de sospechas en torno al grado de participación y apoyo que le brindaba Lázaro Cárdenas. Se decía que el general coahuilense contaba con el consenso de ciertos grupos dentro del ejército, particularmente los cardenistas, por lo que rivalizaba con Rojo Gómez en ser considerados como los precandidatos del ala izquierda en el ámbito oficial. Sin embargo, la importancia política de este sector había decrecido considerablemente en el sexenio avilacamachista.

Más interesado en la unidad nacional y la conciliación social que en profundizar en las reformas cardenistas, el gobierno del general Avila Camacho inició un viraje en el rumbo del desarrollo nacional que habría de manifestarse tanto en el ámbito de las relaciones económicas, como en las esferas del quehacer político. La amenaza que significaba la Segunda Guerra Mundial facilitó al presidente el ejercicio de una política moderada y conciliadora con la que echó a andar, sin embargo, el proceso de desplazamiento de la izquierda oficial de los espacios políticos en los que ésta se había desarrollado: el PRM, el Congreso de la Unión, las centrales obreras. Con ello se intentaba fortalecer a la figura presidencial como eje indiscutible del control político en todos los niveles del sistema, a la vez que sentar las bases para que los sectores productivos se integraran de lleno a la modernización económica y a la industrialización del país. Por otra parte, prácticamente desde el inicio de su mandato, el general Avila Camacho enfatizó su interés por

ceder las tareas gubernamentales a los civiles, a quienes atribuía mejores facultades para gobernar a un país estable en busca de la modernidad. A los pocos días de iniciado su sexenio se disolvió el sector militar del PRM, que fue sustituido tres años después con la creación de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP).¹⁰ Era claro que el presidente habría de preferir un sucesor que continuara sus políticas y no un candidato con una orientación tan bien definida como lo era Henríquez.

El cinco de mayo de 1945, Miguel Alemán informó en una conversación telefónica al ex presidente Cárdenas de su renuncia a la Secretaría de Gobernación para dedicarse de lleno a los trabajos que requería su precandidatura.¹¹ Un mes después, el cinco de junio, la renuncia se hizo pública cuando el Consejo Nacional Extraordinario de la CTM lo proclamó como su candidato a la presidencia de la República con sólo dos votos en contra: el de la delegación de Hidalgo, que permaneció fiel a Javier Rojo Gómez, y el de Jalisco, que se inclinó por Henríquez Guzmán.¹²

Aunque el "destape" cetemista descubría la decisión presidencial respecto a su sucesor, el general Henríquez pareció no conformarse y se entrevistó con Avila Camacho, sólo para que éste le recomendara renunciar a la postulación del PRM. De acuerdo a la versión de la entrevista que Henríquez poco después dio a Cárdenas, Avila Camacho le aseguró que "como funcionario, hará que se den garantías a todos los candidatos, pero que como amigo que es de él le aconseja no contienda en la lucha política".¹³ Si bien Henríquez expresó su deseo de no contrariar al presidente y menos aún "encontrándose el país en estado de guerra", el diez de junio mandó publicar en los periódicos una carta dirigida "A la Nación" en la que daba a conocer las razones por las que renunciaba a su precandidatura: "... el engranaje oficial, salvo excepciones, presiona por la candidatura del señor licenciado Miguel Alemán, ex secretario de Gobernación, circunstancia que excluye toda posibilidad de unas elecciones democráticas. Ante esta situación, considero contradictoria una lucha electoral que por querer resolverse de antemano, deja de tener

ese carácter y no deseando que se acentúe más la división del elemento revolucionario... he decidido no aceptar la postulación que se me ofrece".¹⁴ Al día siguiente, el general solicitó su relevo del mando de la Zona Militar de Jalisco, mismo que le fue concedido de inmediato.

Sin embargo, Henríquez no renunció a su participación en el terreno político. Por el contrario, sus más cercanos partidarios dedicaron los meses siguientes a crear expectativas en torno a una posible candidatura independiente. Buscando tal vez una opinión definitiva, el treinta de septiembre Cárdenas fue invitado a comer a la casa que Henríquez tenía a orillas del lago de Pátzcuaro. Según el propio expresidente relata en su diario, "... le di mi opinión con la sinceridad y estimación que le tengo, manifestándole que dadas las condiciones que prevalecen y las circunstancias que concurren en la actual campaña política, es conveniente se mantenga al margen de la lucha, de acuerdo con sus declaraciones de junio, en el sentido de que no participaría en la contienda. Sereno y con espíritu de verdadero patriota analizó la situación y me expresó su decisión de no variar en su actitud, permaneciendo al margen de la lucha electoral".¹⁵ De cualquier manera, la ambigüedad política de Henríquez causó estragos entre sus partidarios, quienes durante varios meses se debatieron entre la posibilidad de apoyar a Ezequiel Padilla —el candidato de oposición con más fuerza—, sumarse a la cargada alemanista o mantenerse en lo que quedaba del henriquismo. Quienes optaron por la persistencia constituyeron el 30 de octubre de 1945 al Comité Directivo de la Federación de Partidos del Pueblo, con la intención de sostener la candidatura independiente del general Henríquez.¹⁶ Sin embargo, lograron nombrar solamente algunas propuestas para diputaciones y senadurías y finalmente se quedaron sin candidato a la presidencia.

El dieciocho de enero de 1946, Miguel Alemán fue nominado oficialmente candidato presidencial del PRI. Algunos meses después se convirtió en el primer presidente civil de la postrevolución, marcando con ello un cambio político definitivo: el fin del dominio militar sobre la presidencia de la República y la institucionalización del

sistema político construido a partir de la Revolución. Más aún, su triunfo representó el éxito de un proceso en el que las fuerzas de izquierda fueron paulatinamente desplazadas del espacio político oficial. Tanto el cambio hacia el civilismo como la creciente derechización política amenazaban la posición de Henríquez. Sin embargo, esta vez aceptó el consejo de Cárdenas y prudentemente se retiró de la lucha por la presidencia.

El gobierno de Miguel Alemán consolidó la reorientación en el proceso de desarrollo del México postrevolucionario que iniciara Avila Camacho. El nuevo régimen centró sus afanes modernizadores en el impulso al crecimiento económico y la industrialización, apoyándose en los cimientos de la estabilidad política construidos cuidadosamente por su antecesor.

Desde la perspectiva del gobierno alemanista, el peso dado en el sexenio de Cárdenas al sector agrícola tendría que ser forzosamente sustituido por un mayor impulso a la actividad industrial y la urbanización. En relación al campo, el énfasis se pondría ahora en el mejoramiento tecnológico y en proyectos de irrigación que deberían promover la productividad, en lugar de profundizar en los alcances de la reforma agraria. En este sentido, una de las primeras medidas gubernamentales fue la reforma constitucional del Artículo 27 para permitir la extensión legal de los límites a la pequeña propiedad, así como la creación del Amparo Agrario. El reparto de tierras disminuyó considerablemente y se reorientaron las políticas de crédito agrícola. Por otra parte, la necesidad de industrializar al país generó un fuerte impulso a las inversiones, tanto públicas como privadas, nacionales y extranjeras. La empresa privada recibió toda clase de apoyos, desde la concesión de créditos y la coinversión a través de agencias gubernamentales como Nacional Financiera, hasta el ejercicio de una política fiscal diseñada para favorecer al inversionista, nacional o extranjero. Por su parte, la inversión pública se orientó fundamentalmente a la creación de la infraestructura necesaria para la modernización productiva. Aunque el capital privado adquirió una gran relevancia, el estado se

consolidó en este periodo como el conductor indiscutido de la actividad económica.

Esto tuvo a su vez un efecto en el campo de las prácticas políticas. El gobierno de Alemán redefinió la relación entre el estado y el movimiento obrero, al sujetar estrictamente a los liderazgos sindicales a la voluntad presidencial. Fue durante su gestión que Fidel Velázquez se convirtió en la autoridad máxima dentro de la CTM y en el interlocutor obrero privilegiado, desplazando a Vicente Lombardo Toledano —último representante de una izquierda oficial, cada vez más diluida— quien en 1948 fue expulsado de la central obrera.¹⁷ Fue también en este sexenio que las dirigencias independientes de los principales sindicatos nacionales de industria —mineros, ferrocarrileros y petroleros— fueron duramente golpeadas hasta ser sustituidas por liderazgos cuya lealtad al presidente quedaba fuera de toda duda. El objetivo evidente de estas acciones sería garantizar la cooperación sindical en el nuevo proceso de desarrollo industrial y crecimiento económico.

Sin necesidad de recurrir a la conciliación como norma de gobierno, Miguel Alemán se concentró en el fortalecimiento de su propio grupo político. La eliminación definitiva de los restos de la izquierda oficial fue acompañada por el desplazamiento de políticos que estaban claramente identificados con otras facciones;¹⁸ palabras como “disidencia”, “subversión” y “comunismo” se integraron al discurso gubernamental para condenar a quienes trataran de oponerse a las decisiones presidenciales. Como parte de este proceso, el PRI también sufrió algunas reformas orientadas hacia la centralización política y el fortalecimiento de las dirigencias sectoriales, cuya incondicionalidad ante la presidencia de la República era ya indiscutible.

La fuerza política de Miguel Alemán se manifestó claramente al acercarse el último tramo del sexenio, cuando los rumores sobre una probable reelección —o por lo menos una prórroga de dos años— se volvieron cada vez más frecuentes. Ya desde 1949 se mencionaba la posibilidad de que Alemán alargara su permanencia en el poder y en los dos años siguientes el asunto de la reelección se volvió objeto de toda clase de argumentos, a

favor y en contra, pese a las negativas del propio presidente. El primero de septiembre de 1950, en su Cuarto Informe Presidencial ante el Congreso de la Unión, Miguel Alemán declaró que él no alentaba ningún intento reeleccionista y públicamente pidió a todos aquellos que trabajaban en ese sentido que desistieran. Esto, sin embargo, no ocurrió. Con o sin su consentimiento, algunos de sus más cercanos colaboradores continuaron trabajando activamente en lo que podría haberse entendido como su propia continuidad en el poder, hasta que fue realmente evidente que no existía ninguna posibilidad de ganar esta batalla política.¹⁹

No obstante, los intentos reeleccionistas provocaron diversas reacciones que incrementaron la inquietud natural producida por la sucesión presidencial. El once de julio de 1950 Lázaro Cárdenas escribió en su diario que algunos generales estaban siendo requeridos por Marcelino Inurreta, Jefe de los Servicios de Seguridad de la Presidencia, para firmar un documento en el que apoyaban al presidente y se comprometían a impulsar cualquier reforma constitucional en favor de la reelección o extensión del ejercicio presidencial. Días después, Cárdenas recordaba en su diario que la lucha contra la reelección había sido una de las demandas principales del movimiento revolucionario. El poder político era ejercido ahora institucionalmente y cualquier imposición de continuidad presidencial dañaría profundamente a la nación.²⁰ En sus reflexiones, el general Cárdenas deja ver una seria inquietud por la proximidad de eventos que seguramente pondrían en peligro la estabilidad política. Ante la posibilidad de que los alemanistas permanecieran en el poder, se activaba la movilización de políticos que de una u otra manera habían sido desplazados por ellos y que no parecían tener la intención de permanecer a la expectativa.

Ya desde julio de 1949 Lázaro Cárdenas había anotado en su diario que algunos jefes militares estaban realizando reuniones para discutir la posibilidad de que el próximo presidente fuera un militar.²¹ El expresidente se mostraba particularmente preocupado por la falta de un espacio político institucional en el que los miembros del ejército pudieran participar, pues además de coar-

tar sus derechos ciudadanos, se dejaba amplio margen a los "jefes" para que realizaran sus actividades sin ningún control y creando divisiones internas. Además, se mostraba en desacuerdo con una posible campaña en contra de la aspiración civilista que ciertamente dañaría a la "incipiente democracia" que se daba en el país.²²

No obstante, algunos meses después otros eventos confirmaron que la opción de una candidatura militar orientada hacia la izquierda estaba resultando atractiva a muchos políticos y que incluso algunos de ellos empezaban ya a tomar medidas para impulsarla. Así, el 21 de abril de 1950, la prensa comentaba la visita que el día anterior habían realizado al general Sánchez Tafoada —presidente del PRI— cuatro prominentes cardenistas: el lic. Silvano Barba González, expresidente del PRI; el lic. Raúl Castellano, exsecretario de Lázaro Cardenas; el coronel Wenceslao Labra, exgobernador del Estado de México y el ingeniero César Martino, exdirector del Banco de Crédito Ejidal. Deseaban —junto con otros políticos cardenistas— volver al partido oficial, de regreso del Partido Popular al que habían ingresado en 1948. Su retorno respondía a la convicción de que las fuerzas de izquierda revolucionaria solamente podían pertenecer al PRI, el partido verdaderamente revolucionario, y no a la organización de Lombardo Toledano quien se asumía como el único representante de esa corriente política.²³ Como se mencionaba en un boletín oficial, no tenían ninguna intención de crear una nueva organización y habían decidido permanecer bajo las órdenes de la dirigencia priísta, sin prestarse a juegos "futuristas".²⁴ No obstante, casi todos se manifestarían poco después como connotados henriquistas.

En efecto, pronto sería notorio que la relación entre Cárdenas y Henríquez y lo que ésta representaba en ese momento, es decir, la coincidencia en las propuestas ideológicas, la posibilidad de reunificar a la izquierda oficial, el regreso a la participación militar en la política institucional, en fin, la vuelta al pasado, le estaban atrayendo muchos simpatizantes al general Henríquez Guzmán, quien pronto decidió reingresar a la lucha por la presidencia.

En junio de 1950 el expresidente Avila Cama-

cho recibió la visita de Henríquez, quien deseaba informarle sobre sus crecientes partidarios para la candidatura presidencial y su decisión de esperar antes de aceptar, hasta que se supiera con mayor precisión cuáles eran sus posibilidades reales en todo el país. Asimismo, Henríquez le manifestó su deseo de sostener una entrevista con el presidente Alemán y, en efecto, gracias a la mediación de Avila Camacho, casi un mes después le informaba directamente al presidente que participaría en las siguientes elecciones a la presidencia.²⁵

Así, el veinticuatro de agosto de 1950, la prensa publicó un manifiesto firmado por el Comité de Auscultación pro Henríquez Guzmán en el que se daban a conocer 34 enunciados sobre los problemas nacionales que, para los firmantes del desplegado, eran las mejores razones para apoyar la postulación de Henríquez. Aunque la publicación fue recibida con cierto escepticismo —no faltó quien señalara que “ofrece menos que un diputado”— los partidarios del general coahuilense declararon pocos días después que su plataforma de gobierno se daría a conocer en diciembre, “pues seguramente será discutida con la de otros precandidatos en la Convención Nacional del PRI, que designará entonces su candidato oficial a la presidencia de la República”.²⁶ Evidentemente, el manifiesto era un llamado a sostener un proceso político similar al de anteriores sucesiones, en el que los diferentes precandidatos debían proclamar sus aspiraciones abiertamente y permitir que sus partidarios manifestaran públicamente sus preferencias sin ninguna limitación. El único problema era que esta demanda se oponía directamente a los deseos presidenciales en torno al manejo de su sucesión.

Algunos meses antes de la publicación del manifiesto, *Excelsior* comentaba ya el hecho de que el futurismo había sido controlado en el país, en respuesta al establecimiento anticipado de comités cívicos que apoyaban a algunos precandidatos.²⁷ Las condenas al futurismo hechas por la dirigencia del PRI formaban parte de un proceso más amplio de control político sobre la sucesión y, en este sentido, habían sido empleadas ya en anteriores ocasiones. Esta vez, sin embargo, el llamado a la disciplina alcanzaría un nivel desu-

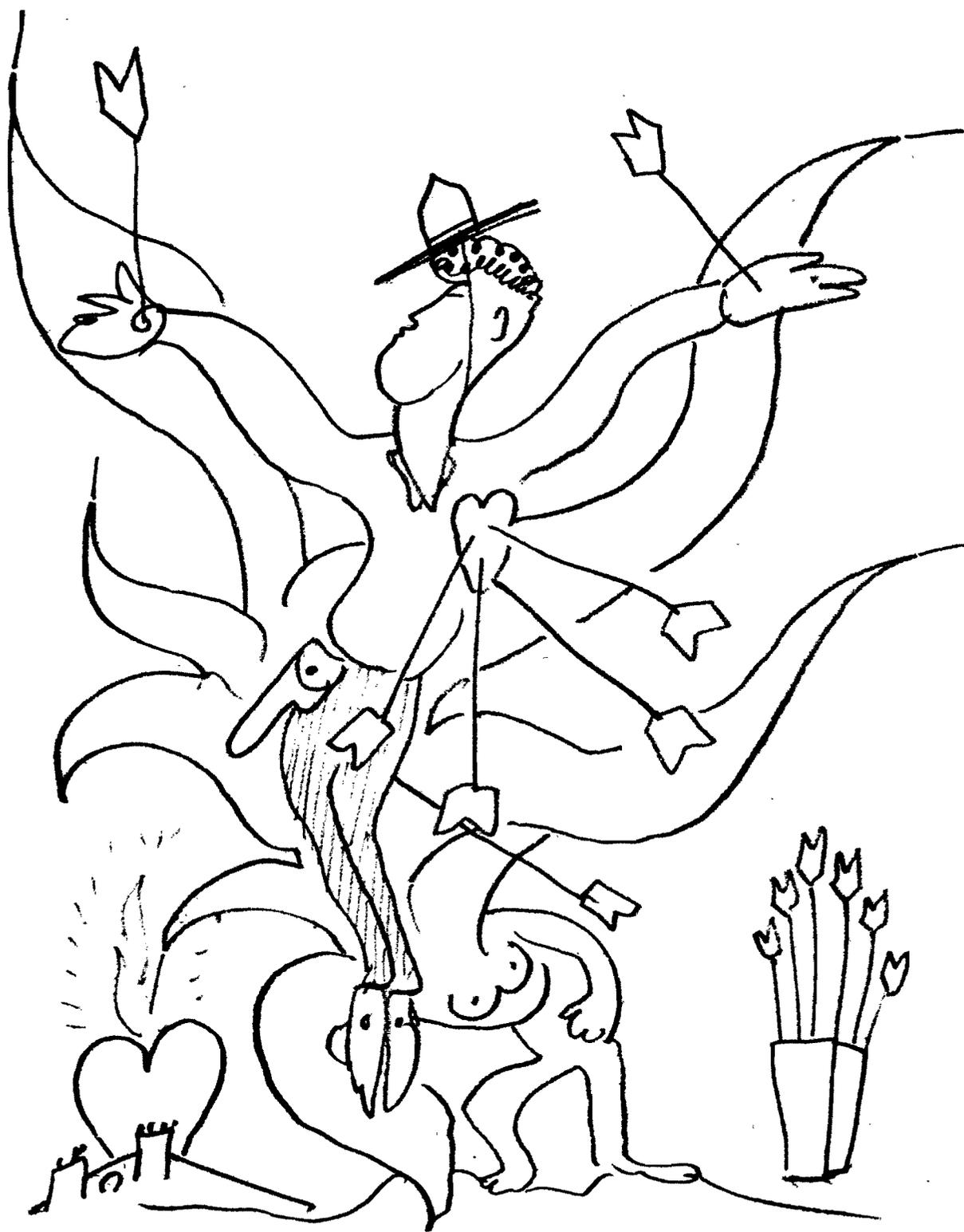
sado y, sobre todo, se convertiría en el elemento esencial para descalificar políticamente a los henriquistas.

Una semana después de la publicación del manifiesto, el presidente Alemán declaró en su mensaje anual al Congreso:

Estamos casi a dos años de la fecha en que tendrán que verificarse las elecciones constitucionales para la designación de un nuevo mandatario que rija los destinos de la Nación, por lo que sin que nuestra opinión signifique reproche alguno a personas o grupos políticos, ni menos impedimento para el ejercicio de sus derechos, consideramos innecesario principiar actividades electorales que juiciosamente deberán considerarse a su debido tiempo.

Esta era una clara respuesta a todos aquellos que para entonces empezaban a mostrar sus preferencias políticas. Desde el punto de vista presidencial era aún temprano para pensar en quién sería el sucesor, especialmente si el propio presidente estaba involucrado en el intento reeleccionista. El hecho de que Alemán conociera personalmente las intenciones políticas de Henríquez, permitía suponer que el general se abstendría de realizar una campaña abierta para ganar apoyo, máxime si trataba de conseguir la nominación oficial. Pero tal vez ésta era precisamente la razón por la que los henriquistas se mostraban tan activos: al abrir el juego de las precandidaturas trataban de presionar al presidente y a la dirigencia priísta para forzarlos a considerar la candidatura de Henríquez como una opción política real.²⁸

De esta manera, sin prestar atención a las advertencias contra los indisciplinados, los seguidores de Henríquez continuaron con sus actividades proselitistas argumentando que los otros aspirantes a la presidencia hacían lo mismo. Incluso llegaron a exigirle al presidente que reivindicara el derecho de expresión de los trabajadores para manifestar libremente y sin temor a las consecuencias sus preferencias políticas, y no como sucedía, por ejemplo, en el DDF, donde el regente Fernando Casas Alemán amenazaba con cesar a los henriquistas.²⁹ Sin embargo, lo que terminó por



desencadenar la represión en su contra fueron los trabajos para constituir una nueva central campesina que evidentemente rivalizaba con la CNC.

A fines de 1950 se supo que el ingeniero César Martino y el coronel Wenceslao Labra, dos de los principales líderes del movimiento henriquista, se encontraban trabajando activamente en varios estados de la República para promover una nueva organización, basada en federaciones campesinas locales, que después se convertirían en el sostén fundamental de la FPPM.³⁰ Los organizadores manifestaron, desde el inicio, su interés en que la nueva central permaneciera en el PRI, aunque no ocultaron que detrás de su formación existía una fuerte crítica a la política agraria alemanista y a la subordinación de la CNC, "a la indiferencia ostensible de la gran organización hermana. . . que se preocupa ahora más por fomentar concursos de trajes regionales, mientras en el campo los trabajadores carecen de los más indispensables elementos".³¹ Ciertamente, tampoco ocultaron que esta nueva organización nacía con el compromiso de actuar en favor de la precandidatura de Henríquez. A mediados de diciembre se habían constituido ya las Federaciones Campesinas de Tlaxcala y el Estado de México y se avanzaba en Morelos, Nayarit y Aguascalientes; era evidente que la nueva organización no sólo estaba creando agitación política en el campo, sino restando miembros a la CNC. El doce de diciembre el general Sánchez Taboada mostró a la prensa un mensaje firmado por César Martino en el que éste comunicaba el establecimiento de la Federación del Estado de México y anunciaba que, en su oportunidad, ingresaría al PRI. "Tal mensaje —dijo el dirigente priísta— expresa que los de dicha Federación no pertenecen al PRI. La única central campesina que reconocemos es la CNC. . . los únicos que se han colocado al margen del partido son los señores Martino y Labra que están actuando fuera de las normas de nuestra institución, hasta el punto de que indebidamente usan el nombre del PRI. . ."³²

La declaración fue inmediatamente interpretada como un acto de expulsión del partido, que después se extendería a Bartolomé Vargas Lugo, Ignacio García Téllez, Agustín Leñero, Raúl Cas-

tellano y Ernesto Soto Reyes. Todos fueron acusados de deslealtad e indisciplina por atentar contra la CNC y, sobre todo, porque las nuevas organizaciones locales estaban proclamando abiertamente la precandidatura de Henríquez.³³

La respuesta que —a nombre de la directiva del Comité Nacional de Orientación pro Henríquez Guzmán— argumentaron Soto Reyes y Labra ante la ambigua expulsión sintetizó de alguna manera los principios políticos por los que estaban luchando:

El presidente del PRI puede invitar a los miembros del mismo a que aplacen la actividad política, pero no ordenar ni dar consignas categóricas impidiendo el ejercicio de los derechos cívicos comunes a todos los mexicanos, ni la práctica inherente a todo partido. . . el Comité de Orientación pro Henríquez Guzmán tiene derecho a iniciar y seguir una campaña en favor del candidato que más le satisfaga sin que exista en los estatutos del PRI ningún precepto que lo impida. . . a no ser que, de antemano, el presidente del PRI tenga su propio candidato. . .³⁴

Los dirigentes henriquistas demandaban un espacio de participación política más amplio y exigían el retorno a fórmulas que de alguna manera parecían menos autoritarias: abrir dentro del PRI los mecanismos de discusión política referidos a las precandidaturas presidenciales, de manera que ni su dirigencia ni el presidente de la República interfirieran con los derechos democráticos de las bases priístas. Sin embargo, ésta era una lucha contra un sistema político ya consolidado, que incluso los ahora henriquistas ayudaron a construir en su momento. Como el mismo general Henríquez lo señaló al renunciar a su precandidatura en 1945, las decisiones relacionadas con la sucesión no eran realizadas por los militantes del partido y los procedimientos democráticos no existían. Seis años después las cosas no sólo no habían cambiado sino que, por el contrario, el presidente Alemán había fortalecido los mecanismos de control político dentro del partido, imponiendo estrictamente la autoridad presidencial

en la selección de candidatos a gobernadores y miembros del Congreso. A pesar de todo, los henriquistas no se dieron por vencidos y continuaron sus actividades en una atmósfera política crecientemente difusa.³⁵

El veintidós de diciembre, Bartolomé Vargas Lugo, secretario general de la FPPM, anunció el establecimiento de varios comités locales, como parte de los requerimientos que la Ley Electoral demandaba a las organizaciones independientes. Era claro que, aunque aún insistían en su membresía priísta, los henriquistas anticipaban su derrota y construían su propio partido. Para entonces el PRI se había vuelto aún más rígido, no sólo al cerrar sus puertas a los henriquistas, sino lanzando una campaña represiva contra los grupos de campesinos "separatistas" y los militantes de la FPPM.³⁶ Los intentos por imponer la candidatura de Henríquez habían fracasado; el único camino ahora era la disidencia.

1951, el quinto año del sexenio, empezó con un acto definitivo. El ocho de enero, el general Henríquez acompañado solamente por el general Marcelino García Barragán, anunció en una conferencia de prensa su decisión de participar en la contienda presidencial, hecho determinado por el creciente número de sus partidarios y, sobre todo, por su obligación de defender los principios revolucionarios. Dos meses después, en marzo de 1951, Henríquez Guzmán visitó a Cárdenas. El expresidente escribió después en su diario:

Una tarde de marzo de 1951 me visitó el señor general Miguel Henríquez Guzmán y me hizo conocer su decisión de participar en la próxima campaña política como candidato a la Presidencia de la República y al preguntarme mi opinión le manifesté que a la representación nacional sólo se llega por uno de dos caminos, por voluntad unánime del pueblo a tal grado que el gobierno se vea obligado a reconocer el triunfo o cuando el gobierno simpatiza con la candidatura en juego y siempre que no haya oposición mayoritaria.

El señor general Henríquez expresó que era su convicción que el pueblo respondería

arrolladoramente ante su candidatura, más que por propia simpatía a su persona, por el descontento que se sentía en todo el país, especialmente en los centros rurales, que se consideran afectados por la actitud del gobierno, que venía creando nuevos latifundios y concediendo granjerías y monopolios a grupos "amigos".

Le amplí mi opinión en el sentido de que antes de comprometerse en una lucha que podía ser desigual, analizara serenamente la situación en general. Poco después, partidarios de él lanzaban su candidatura que él aceptó públicamente.³⁷

Efectivamente, si Henríquez no había sido capaz de obtener "la simpatía del gobierno" en favor de su precandidatura, ahora trataría de conquistar "la voluntad unánime del pueblo". Contaba ya con una base política organizada, miles de partidarios y una ventaja de varios meses sobre el PRI para realizar su campaña presidencial.

La "Caravana de la Esperanza"

La Asamblea Nacional Constitutiva de la FPPM se llevó a cabo del 29 al 31 de marzo de 1951 y entre los acuerdos principales se decidió tramitar el registro como partido político nacional y proclamar la candidatura presidencial de Miguel Henríquez Guzmán.³⁸ El cuatro de junio, Adolfo Ruiz Cortines, secretario de Gobernación, autorizó el registro nacional de la FPPM como partido político y casi dos meses después, el 28 de julio, la Unión de Federaciones Campesinas quedó formalmente constituida adoptando dos resoluciones: separarse de la CNC (como si alguna vez hubieran estado en ella) y proclamar la candidatura de Henríquez Guzmán.³⁹ Al día siguiente, en plena Glorieta de Colón, se reunió la Convención Nacional de la FPPM y lo declaró oficialmente como su candidato a la presidencia. En su discurso de aceptación, el general dijo:

Protesto como candidato de la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano a la Presi-

dencia de la República. Protesto cumplir con sus programas y hacer mía su declaración de principios, procurar la libertad efectiva del sufragio y la no reelección, conforme a los principios básicos de nuestro régimen político y defender los postulados de la Revolución Mexicana, todos de acuerdo con los preceptos de nuestra Constitución General de la República. Y si así no lo hiciere, que la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano y la nación entera me lo demanden.

Rodeado por una multitud entusiasta, Henríquez prácticamente iniciaba su campaña política. Le acompañaban sus más cercanos colaboradores, quienes permanecerían al mando de la Federación: el ingeniero Pedro Martínez Tornel fue nombrado presidente del nuevo partido, Bartolomé Vargas Lugo permaneció como secretario general, en tanto que el coronel Vicente Estrada Cajigal quedaba como presidente de la Federación en el Distrito Federal.⁴⁰

El diecinueve de agosto, Henríquez Guzmán inauguró oficialmente su campaña presidencial en la ciudad de Colima. En tanto que el PRI intentaba controlar la agitación política, los henriquistas se aprovechaban de la ausencia de competidores y su candidato llevaba a cabo un intenso programa de actividades: visitas a los ejidos, entrevistas con comisiones locales, mítines, asambleas, etcétera. Desde el principio, Cándido Solórzano, suegro de Cárdenas, se unió a la comitiva henriquista.⁴¹

El hecho de que el partido estuviera legalmente constituido no impidió que los henriquistas sufrieran constantes ataques y se enfrentaran a las prácticas autoritarias que se habían constituido ya en la base de la maquinaria política oficial. Como había sucedido antes a otros partidos de oposición, la inseparable alianza entre todos los niveles del gobierno y el PRI se convertía en su principal enemigo. Así, aun antes de que la campaña hubiera empezado, en el campo, a nivel local, los enfrentamientos fueron cotidianos. En algunos estados, como Jalisco y Colima, las autoridades municipales amenazaban a la gente con la cárcel si apoyaba a la FPPM; los empleados del

Banco Nacional de Crédito Ejidal se negaron a otorgar créditos a los miembros de la Federación; las autoridades ejidales les negaban el uso del agua pública.⁴² En fin, los líderes del henriquismo se enfrentaban ahora a las mismas imposiciones y represión que algunos de ellos habían infligido a anteriores adversarios políticos.

De cualquier manera, las actividades públicas de los henriquistas indudablemente presionaban a la dirigencia priísta. Como Henríquez había mencionado, su principal apoyo se encontraba entre el campesinado, y para entonces ya se encontraban realizando una intensa campaña en el campo. Por otra parte, el general representaba una alternativa frente al alemanismo y su posible sucesor, el regente Fernando Casas Alemán. Entre los rumores del momento se comentaba que al fomentar su precandidatura, el regente estaba aumentando las filas del henriquismo. En particular, se mencionaba que Lázaro Cárdenas no aprobaba esa precandidatura.

Sea como fuere, la política en el PRI se desarrollaba de manera más privada, una vez que los henriquistas habían sido orillados a la disidencia, y las luchas por la candidatura ocurrían dentro de los estrechos límites permitidos por las condenas contra el futurismo. De hecho, éstas habían proliferado desde los inicios de 1951, año en que se daría a conocer el nombre del sucesor. El dieciocho de febrero se llevó a cabo en Veracruz un acto masivo de proporciones desusadas: todos los gobernadores y presidentes municipales, quince organizaciones obreras, todos los diputados locales y presidentes de los comités regionales del PRI, se reunieron para "realizar una acción definitiva contra una campaña prematura".⁴³ La maquinaria oficial daba así una demostración de su poder y sus habilidades organizativas, a la vez que manifestaba su lealtad al presidente Alemán. Sin embargo, los nombres de los posibles precandidatos se mencionaban crecientemente en los círculos políticos.

Fernando Casas Alemán, Jefe del Departamento del Distrito Federal, aparecía como el candidato más fuerte para obtener la nominación del PRI por estar relacionado cercanamente con el presidente y ser el más viable continuador de sus políticas. Sin considerar las reglas del partido, al

gunas organizaciones habían proclamado ya su precandidatura,⁴⁴ demostrando con ello que en algunos sectores todavía no quedaban del todo claras las nuevas reglas del “tapadismo”. Por otra parte, sin contar con el atractivo político del regente, Adolfo Ruiz Cortines también era mencionado como un posible sucesor. Ya desde septiembre de 1950, un Grupo de Apoyo en Veracruz había proclamado su precandidatura.⁴⁵ Sin embargo, el secretario de Gobernación era considerado un político más bien oscuro, burocrático, viejo para la joven generación de alemanistas y, sobre todo, que no pertenecía al círculo más íntimo del grupo político de Alemán.

A mediados del año, la inquietud política aumentó a lo largo del país, obligando al general Sánchez Taboada a intensificar el control sobre la situación. Junto con otros líderes del PRI, había dedicado el mes de mayo a visitar algunos estados del norte para “explicar las acciones gubernamentales” a los líderes regionales. Durante el mes de junio realizó varias “giras de observación” y poco después declaraba su satisfacción por los resultados de las visitas:

Nos sentimos satisfechos de que los miembros de nuestro partido, dando muestras de alta comprensión del momento actual que vivimos, hayan interpretado con toda fidelidad los propósitos del señor presidente de la República de dedicar todos sus esfuerzos al trabajo, desatendiéndose siquiera de tratar de iniciar actividades de tipo político electoral. Queremos insistir en que ningún miembro de nuestro partido hace trabajos preelectorales presidenciales. Quienes se dedican a estas actividades futuristas, naturalmente que no son miembros del PRI. Llegado el momento oportuno y atendiendo a la convocatoria respectiva, todos los elementos del partido participaremos con decisión en la lucha electoral que se avecina.⁴⁶

Aunque aparentemente aún no era tiempo de pensar en la sucesión presidencial, cada vez era más claro que la maquinaria política se preparaba para el “destape”. El trece de septiembre, pocos días después del Informe Presidencial, el PRI

convocó a la Asamblea Nacional Ordinaria en la que se debería nombrar al candidato. Esta era la señal anunciada por Sánchez Taboada para que empezaran las actividades electorales, dentro de los marcos establecidos por el partido. Sin embargo, ya desde algunos días antes, varias organizaciones, seguras de la popularidad de su candidato, habían lanzado abiertamente la precandidatura de Casas Alemán.⁴⁷ Al día siguiente de que el boletín fuera expedido, el regente dirigió un mensaje a sus partidarios, pidiéndoles que encauzaran sus preferencias a través de los canales del partido. Más o menos al mismo tiempo, Cárdenas sostenía una interesante conversación con su amigo y a la vez enviado del presidente Alemán, el ingeniero Adolfo Orive Alba, secretario de Recursos Hidráulicos, quien le dio noticias un tanto cuanto diferentes. Según él, los amigos cercanos del presidente habían rechazado la candidatura del regente. El “elemento oficial” —que incluía al expresidente Avila Camacho— prefería a Ruiz Cortines como candidato, aun si algunos lo consideraban demasiado viejo para la responsabilidad.⁴⁸

El primero de octubre el general Sánchez Taboada terminó con la especulación al declarar que “las agrupaciones y las personas que integran nuestro partido han tomado el acuerdo de sostener en nuestra convención la candidatura de Adolfo Ruiz Cortines”. Al día siguiente, la CNOP proclamó su apoyo masivo, seguida por la CTM y la CNC. En el transcurso de los días siguientes, Ruiz Cortines fue aclamado masivamente como el mejor hombre para dirigir al país y el trece de octubre la Asamblea Nacional del PRI lo declaró unánimemente como su candidato oficial a la presidencia de la República.⁴⁹

Por vez primera en la historia del partido, no fueron los sectores los que determinaron —aunque sólo fuera de manera formal— la selección de su candidato a la presidencia, proceso que se realizó casi en completo silencio. Por el contrario, se limitaron a ratificar su apoyo incondicional al escogido cuando la dirigencia así lo estableció. Atrás quedaba la época de las precandidaturas abiertas y los militantes discutiendo sus preferencias en las centrales del partido o en el Congreso de la Unión. De ahora en adelante, na-

die podría manifestarse antes de que el presidente así lo ordenara, sentando las bases de lo que habría de ser la sucesión presidencial. Por lo demás, Adolfo Ruiz Cortines era claramente un candidato de conciliación. Por una parte, los amigos del presidente no habían objetado su candidatura, considerando tal vez que sería fácil de controlar; por otra, el hecho de que no estuviera tan visiblemente identificado con los alemanistas como lo estaba Casas Alemán, le permitiría ganar el apoyo de políticos que de otra manera hubieran seguramente apoyado a Henríquez. En este sentido, representaba una mediación entre diferentes fuerzas políticas, particularmente aquéllas dirigidas por los henriquistas. De esta manera si ciertamente habían perdido la nominación oficial, podría argumentarse que ganaban un candidato oficial de conciliación.

Como lo hicieron todos los regímenes anteriores, el gobierno de Miguel Alemán proclamó constantemente su respeto por las reglas de la democracia. Todos los partidos políticos tenían los mismos derechos para realizar sus campañas y tratar de ganar votos. Pero desde el principio había quedado claro que para los henriquistas una cosa eran las promesas del gobierno y otra muy distinta la manera en que se ejercía el poder local.

Después de una exitosa visita al estado de Jalisco, en el que tanto Henríquez como su cercano colaborador García Barragán todavía gozaban de gran influencia política, la campaña continuó hacia el estado de Puebla. Gonzalo Bautista, un activo líder de las federaciones campesinas henriquistas, había sido gobernador del estado y por lo tanto mantenía también intereses en la política local. Tal vez por esa razón, el gobernador Rafael Avila Camacho estaba particularmente interesado en evitar un resultado favorable de la visita de Henríquez al estado. Así, el veintitrés de septiembre, en un confuso incidente en el pueblo de Tlacotepec, varios henriquistas fueron asesinados por la policía local. De acuerdo a la versión de la FPPM, los problemas habían empezado cuando quince autobuses que transportaban campesinos a un mitin, habían sido detenidos por el presidente municipal, quien tenía órdenes del gobernador de no dejarlos pasar. Cuando los líderes del

convoy intentaron discutir, empezaron los disparos. El resultado fue de varios muertos y heridos en ambos bandos.⁵⁰ Este enfrentamiento ocurrido a principios de la campaña, pronto fue seguido por otros incidentes de violencia. A fines de enero de 1952, el ejército disparó contra varios campesinos que se habían congregado para recibir al candidato en Mexicali. El dieciséis de marzo priístas y henriquistas coincidieron en el mismo lugar a la misma hora para realizar un mitin y el resultado fue de un muerto y veinte heridos. Igualmente, casi al final de la campaña, el cinco de junio dos ayudantes de Henríquez fueron atacados en Juchitán por cinco policías; uno murió y el otro quedó severamente herido.⁵¹

Además de estos incidentes, se opusieron toda clase de obstáculos a las actividades henriquistas. En Nayarit “no deberían encontrar ni un vaso de agua”, por lo que tiendas y comercios, transporte público y hoteles estaban cerrados cuando llegó Henríquez. Las carreteras fueron rociadas con tachuelas y los caminos vecinales inundados intencionalmente. En San Luis Potosí, la Unión de Meseros, temerosa de represalias oficiales, se negó a atender a la comitiva henquista. En Durango, el gobierno local impuso multas a los dueños de 52 camionetas y camiones y recogió sus licencias como reprimenda por haber atendido un mitin henquista. En Veracruz las carreteras eran patrulladas por el ejército y la policía para prevenir la movilización de partidarios. Además de estas acciones particulares, casi en todos los estados los militantes henquistas más relevantes fueron detenidos temporalmente y hostigados por las autoridades locales.⁵²

En esta atmósfera, la llamada “Caravana de la Esperanza” recorrió toda la república. En cada estado se realizaron mítines, se atendieron comisiones y se concedieron entrevistas. La respuesta del candidato a la represión y la provocación era siempre la misma: nada podría detener su defensa de los verdaderos principios de la Revolución Mexicana.

Inicialmente, la dirigencia henquista se presentó como una alianza de diferentes tendencias que se habían unido como resultado de su exclusión política común.⁵³ Los líderes del henquistismo luchaban por el derecho a acceder al gobierno

y al poder, en contra de la monopolización de la maquinaria política realizada por los alemanistas. En la medida en que la campaña evolucionaba, se presentaron como los continuadores del proyecto cardenista y, por ende, como los verdaderos herederos del proyecto revolucionario. Según ellos, el régimen de Alemán había traicionado a la revolución abandonando al campesinado, corrompiendo al gobierno, permitiendo los incrementos de precios y, sobre todo, impidiendo el acceso democrático al poder. Para enmendar esta traición, Henríquez ofrecía ni más ni menos que el programa mismo de la revolución, regido por los principios de la Constitución de 1917. Ciertamente, el general no se consideraba un candidato de oposición. Desde el principio de la campaña había dicho: nos “quieren hacer opositores para sacarnos de la casa de la Revolución y volvernos perros del mal, pero estamos alertas y no caeremos en la trampa”.⁵⁴

Sin embargo, la cercanía de Henríquez con el llamado programa de la revolución era más bien un signo de la ausencia de un proyecto político estructurado que ofreciera cambios radicales al sistema ya establecido. Entre sus propuestas principales, la FPPM postulaba la extensión de la distribución de tierras, la autonomía municipal, el impulso al federalismo, la oposición a la inmoralidad administrativa, el apoyo a la lucha de las mujeres por el sufragio, la libertad de creencias, el impulso a la educación mexicana y nacionalista, el derecho a huelga y la autonomía sindical. En el campo económico, se proponía mantener la tendencia hacia la industrialización, favoreciendo a los capitales mexicanos e impidiendo la formación de monopolios, sobre todo estatales. La inversión extranjera estaría permitida, pero sujeta a un rígido esquema legal. En suma, el henriquismo ofrecía el regreso a los “verdaderos postulados de la revolución”, y no su transformación, como la mejor alternativa política y económica.⁵⁵

La campaña fue definida desde el principio como una cruzada cívica, una lucha por los derechos democráticos. A estas alturas, en el henriquismo se conjugaban ya las ambiciones de poder iniciales con una demanda real de participación política de ciertos sectores sociales: campesinos,

obreros en lucha contra el sindicalismo oficial, estudiantes, mujeres, intelectuales, que pretendían participar en un proceso democrático y ejercer sus derechos como ciudadanos. A fin de oponerse al autoritarismo gubernamental, habían levantado la bandera de los derechos cívicos y enfatizado la necesidad de promover la conciencia cívica entre el pueblo. Como Francisco J. Múgica —en ese momento líder del Partido Constitucionalista, que formaba parte de la FPPM— había mencionado, la gente podría tolerar un mal gobierno siempre y cuando “el día del ejercicio de la función cívica podamos ir con tranquilidad, con entusiasmo y con respeto de parte de las autoridades, a votar para destruir al mal gobierno”.⁵⁶ La campaña fue el foro para ejercer el derecho de condenar las acciones del gobierno y clarificar públicamente sus diferencias ideológicas. La gente debería decidir con su voto qué opción era preferible.

Un elemento importante en este proceso fue el uso de la imagen política de Lázaro Cárdenas. Desde el principio los henriquistas hicieron evidente que Cárdenas era su guía ideológico. Además de las frecuentes referencias a las acciones de su gobierno, su preocupación por el campesinado y su nacionalismo, en ciertos casos el uso político de la figura de Cárdenas llegó al grado de anunciar su presencia en los mítines para atraer más gente. En particular Graciano Sánchez —conocido agrarista y fundador de la CNC— fue reportado en varias ocasiones por haber usado el nombre del expresidente para atraer apoyo político.⁵⁷ Asimismo, miembros de la familia Cárdenas actuaron abiertamente como partidarios de Henríquez: su suegro participaba en la campaña, en tanto que su mujer y su hijo habían sido vistos en la ciudad de México distribuyendo propaganda de la FPPM. No era disparatado suponer que el mismo Lázaro Cárdenas había decidido apoyar a Henríquez.⁵⁸

El primero de diciembre de 1951, el expresidente recibió la visita de su amigo Adolfo Orive Alba, quien le comentó entre otras cosas que algunos amigos, “el grupo dirigente” de Adolfo Ruiz Cortines, estaban “preocupados, molestos y disgustados” porque Cárdenas aún no aceptaba sostener una entrevista con el candidato del PRI,

aunque había sido requerido para ello en varias ocasiones. Cárdenas señaló que no tenían ninguna razón en estar enojados; él recibiría a Ruiz Cortines “y lo atenderé con la misma cordialidad que he guardado para él como amigo al presentarse la ocasión”. En efecto, el cinco de enero de 1952 el expresidente recibió al candidato oficial del PRI. Entre otros asuntos, hablaron de la manera en que evolucionaba la campaña y Cárdenas mencionó que era “preocupación de la gente el tener suficientes garantías a fin de practicar sus derechos como ciudadanos”. El candidato expresó su preocupación por las violentas represalias que habían ocurrido a lo largo de la campaña y culpó a los líderes del PRI y a las autoridades locales. Después de escuchar sus ideas y programa político, Cárdenas escribió en su diario que había oído las mismas preocupaciones e intenciones morales y sociales, aunque expresadas con mayor vehemencia y energía, de parte del general Miguel Henríquez Guzmán.⁵⁹

De acuerdo al historiador Enrique Krauze, Adolfo Orive Alba había actuado como un enviado no solamente de Ruiz Cortines, sino también del presidente Alemán:

- ¿Qué misión trae?
- Ninguna, mi general. Se habla de su apoyo a Henríquez.
- Es mentira. Yo no lo apoyo. Yo estoy aquí. . .
- Sí, pero Amalia y Cuahtémoc se presentan en los mítines.
- Son libres.
- Sí, mi general, pero las apariencias cuentan. Si la esposa de un ex Presidente apoya a un candidato se cree que el ex Presidente también.
- Venía con esa misión, ¿verdad?
- Sí.
- ¿Y porqué no habría de tener simpatía por Henríquez?
- Henríquez suena a Sociedad Anónima, por sus negocios. Jara o Múgica son otra cosa.⁶⁰

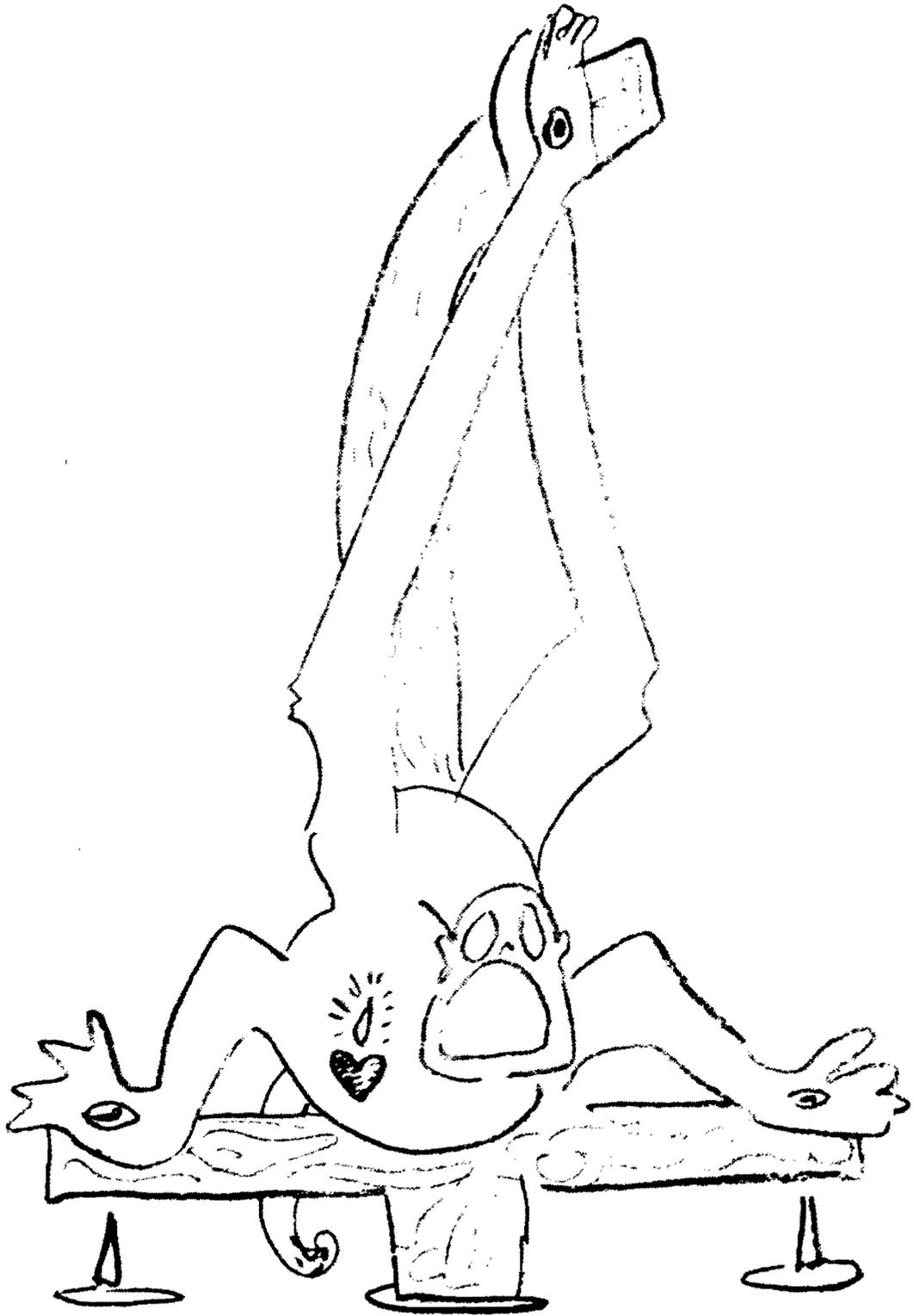
Por su parte, Daniel Cosío Villegas escribió que el presidente Alemán se encontraba tan preocupado por las actividades de la familia Cárdenas

que había decidido enviar a un amigo común para que hablara con el expresidente y le expusiera los peligros de su actitud: la “posibilidad de que venciera en las urnas un candidato ajeno y aun opuesto al PRI, pues esto traería como consecuencia la desaparición del Partido. El peligro todavía mayor de que si con razón o sin ella se le negaba la victoria electoral, acudiera a una rebelión armada que ensangrentara de nuevo al país”.⁶¹

Según los dos historiadores, Cárdenas negó explícitamente el supuesto apoyo a Henríquez Guzmán. Pocos días después de la entrevista, el expresidente escribió en su diario refiriéndose al candidato de la FPPM: “Siguió visitándome con frecuencia, conversándome del curso de su campaña y en todas las visitas que me hizo siempre encontré en mí al amigo, al compañero de armas, pero jamás recibí promesas de que participaría yo en su campaña, ni llegué a estimular a ningún elemento para que se sumara a su candidatura”.⁶² Por lo demás, las actividades políticas de su familia disminuyeron y finalmente se entrevistó con Ruiz Cortines.

De cualquier manera, era evidente que aun con la abstención expresa de Cárdenas, el cardenismo era el sustrato político e ideológico de la campaña de Henríquez Guzmán. Así, el candidato de la FPPM había pasado los primeros quince días del mes de diciembre en el estado de Michoacán; el día dos se llevó a cabo en Morelia el mitin más grande de la campaña, donde las porras eran dirigidas en honor tanto de Henríquez como de Cárdenas. Un día antes, la Federación Campesina de Michoacán había sido constituida formalmente por César Martino, quien mencionaba en su discurso inaugural que los henriquistas no habían olvidado “las enseñanzas de Lázaro Cárdenas”. Entre porras y gritos de apoyo, había proclamado: con “Lázaro Cárdenas y Miguel Henríquez Guzmán, al triunfo”. Sin embargo, el once de diciembre, aún en Michoacán, Henríquez negaría que Cárdenas apoyara sus actividades.

La confusión se incrementó dos meses después, cuando Adolfo Ruiz Cortines llegó a Michoacán. El dos de marzo el PRI llevó a cabo su propio mitin en Morelia, que de acuerdo a la propaganda priísta había reunido aproximadamente a



150 000 personas, en tanto que los henriquistas lo describieron como "un total fracaso."⁶³ Cuatro días después, Dámaso Cárdenas, gobernador del estado y hermano de Lázaro, declaró que el expresidente se encontraba retirado de la vida política y por esa razón no podría sostener ninguna entrevista con el candidato del PRI. Sin embargo, dijo el gobernador, esto no significaba que su hermano fuera partidario de Henríquez. Por el contrario, el expresidente era miembro del PRI y no había autorizado a ninguna persona o partido político para que usara su nombre en función de obtener beneficios personales.⁶⁴

Para sorpresa de todos, el diez de marzo, Lázaro Cárdenas publicó una carta en los periódicos rechazando las declaraciones de su hermano. En ella insistiría en su retiro político y su respeto "a la investidura institucional y a la responsabilidad política de las autoridades de la Nación". Aún más, enfatizaba su amistad personal tanto con Henríquez como con los otros candidatos como una razón fundamental para no poder juzgar sus actividades.⁶⁵ Redondearía la explicación en su diario:

se han venido publicando una serie de "declaraciones", entre ellas unas atribuidas al gobernador de Michoacán (hermano mío), en las que se me menciona como contrario a la candidatura del señor general Miguel Henríquez Guzmán. Personas que durante mi administración ocuparon puestos oficiales y que hoy participan en la política han hecho declaraciones mencionándose también como intérpretes de mi sentir y especulando en favor de sus muy personales intereses. Por otra parte, escritores sin recato ni moral periodística vienen publicando artículos que forman ya una intriga política conocida, tratando de crear un clima político subversivo que justifique actitudes persecutorias y de represiones a la libre expresión política y que estamos obligados a desbaratar en bien de los intereses de la patria y de la tranquilidad pública (. . .) Hace treinta años conservo amistad con el señor general Henríquez (. . .) A partir de entonces lo he tratado y considerado como un

gran amigo (. . .) Hoy en su misión de candidato no tengo por qué negarle mi amistad que sigue invariable en lo personal, en lo político lo respeto en sus actividades, como respeto a todos los demás candidatos. Cada uno de ellos le está haciendo, con su ejercicio cívico, un gran servicio a la educación democrática del pueblo mexicano. Merecen el bien de la patria.⁶⁶

El general Cárdenas, quien consolidó el partido del estado y estableció el presidencialismo, alababa ahora los esfuerzos cívicos por la democracia. Aunque no apoyaba directamente las actividades de Henríquez, implícitamente había aprobado los esfuerzos henriquistas por flexibilizar la rígida estructura política. La cuestión ahora consistía en saber si Cárdenas mantendría su consentimiento en caso de que el FPPM ganara efectivamente las elecciones. Desde la perspectiva del poder, la derrota del PRI significaba la destrucción del sistema político como tal.

Hacia el final de la campaña los líderes de la FPPM incrementaron sus acusaciones en contra de un posible fraude electoral. A pesar de sus proclamados principios cívicos, habían sido crecientemente acusados de incitación a la violencia y de preparar una revuelta armada después de las elecciones. Los henriquistas interpretaban estas acusaciones como un signo del fraude por venir, que resistirían activamente. El dos de julio, la dirigencia del FPPM sostuvo una entrevista con el presidente Alemán para expresar su preocupación por las irregularidades en la organización electoral.⁶⁷ El presidente afirmó que las elecciones se llevarían a cabo dentro de un "proceso democrático, en el que los ciudadanos podrán ejercer sus derechos cívicos con libertad".⁶⁸

Si los henriquistas estaban tan seguros de la falta de respeto gubernamental hacia las reglas formales de la democracia, ¿por qué habían participado tan activamente en el proceso? Tres posibles razones pueden ser argumentadas: en primer lugar, como grupo, no tenían otra alternativa política después de su expulsión del PRI. La opción había sido disidencia o nada. Por lo tanto, si querían permanecer en la escena política, tendrían que demostrar su poder y presionar al grupo

dominante; después estarían en posibilidad de negociar. En segundo lugar, se mostraban seguros de su influencia política entre el campesinado. Ciertamente era en el campo donde el henriquismo aparecía más fuerte y aunque hasta cierto punto usaba los mismos métodos que el PRI, había sido capaz de incrementar el número de sus partidarios hasta el punto en que la posibilidad de que ganara las elecciones debía ser seriamente considerada. Por último, seguramente aún creían en la posibilidad de obtener un apoyo más activo de Lázaro Cárdenas.

De cualquier manera, la campaña había sido solamente una parte de la lucha y ahora deberían esperar el resultado electoral. Por lo pronto los henriquistas proclamaban su satisfacción por sus esfuerzos. Como Ernesto Soto Reyes mencionaría alguna vez: "si no por otra cosa, con una sola bastaría para que al henriquismo se le acreditara una gran misión histórica en la política mexicana: el haber hecho erguirse al espíritu languideciente del civismo en México, porque al dar al pueblo la esperanza de una nueva redención, hemos despertado su fe en la democracia".⁶⁹

Ciertamente, en los meses siguientes los henriquistas serían los protagonistas principales de una lucha entre la fe en la democracia y las realidades de la vida política mexicana.

La derrota de la democracia

El seis de julio de 1952 se llevaron a cabo las elecciones en un ambiente de desconfianza ante la posibilidad de fraude electoral. Aunque la policía de la ciudad de México declaró poco después que ésas habían sido las elecciones más tranquilas de los últimos cincuenta años, más de ochenta mil soldados y policías fueron apostados en las casillas electorales para prevenir cualquier estallido de violencia.⁷⁰ Casi inmediatamente después de que la votación hubiera terminado, el PRI anunció el triunfo de su candidato; poco después, en una entrevista de prensa, Adolfo Ruiz Cortines declaró estar muy conmovido por el resultado, aunque él ya esperaba ganar. Su partido le acababa de informar de su triunfo.⁷¹

Poseídos por el mismo optimismo, los líderes

de la FPPM también declararon su triunfo y convocaron a la celebración de la "Fiesta de la Victoria". La respuesta oficial a su proclama fue exactamente la opuesta. La represión del siete de julio mostró la decisión gubernamental de terminar con la fuerza política que había acumulado el henriquismo. El primer paso había sido la brutal masacre en la que inclusive armas militares se usaron para dispersar el mitin.⁷² El segundo paso consistiría en acusar a los propios henriquistas de alterar el orden público y provocar inquietud social. Finalmente, terminarían siendo acusados de prepararse para una rebelión armada.

Una vez que las elecciones concluyeron, la represión se extendió por todo el país ejercida con impunidad total. Tan pronto como el PRI proclamó su victoria, la necesidad de mantener una fachada democrática desapareció. El hostigamiento contra los henriquistas se volvió más violento, los arrestos ilegales se incrementaron y las denuncias acerca de asesinatos y desaparecidos se volvieron prácticamente materia de todos los días en la prensa. El único delito cometido era ser henquista, lo que para las autoridades equivalía a ser un provocador social. Era como si el gobierno se hubiera percatado súbitamente de la fuerza del movimiento y hubiera decidido suprimirlo de un día para otro.

Si la represión armada había sido la respuesta inmediata, pronto fue acompañada de una campaña de represión política. En lugar del ejército y la policía, esta vez los actores serían el Congreso, la prensa y el partido oficial, es decir, el sistema político en pleno. El diez de julio, durante una sesión de la Comisión Permanente del Congreso, el senador Fidel Velázquez, líder de la CTM, acusó al general Henríquez de llevar a cabo actividades subversivas con las que pretendía alterar el orden público. En su discurso reiteró la interpretación de los eventos del siete de julio que habían formulado las declaraciones oficiales y la prensa en su conjunto, acusando a los henriquistas de ser los responsables, por pretender realizar un mitin cuando sus verdaderas intenciones eran las de crear un clima de inestabilidad social. Por todo ello, Velázquez demandó que Henríquez fuera arrestado y sus bienes personales con-

fiscados. La propuesta recibió la aprobación unánime de la Comisión Permanente y una petición oficial fue enviada al presidente Alemán.⁷³ Dos días después, la legislatura local de Puebla se unió públicamente a la propuesta. La respuesta presidencial fue ambigua: aunque ensalzaba la preocupación y responsabilidad política de diputados y senadores y ofrecía castigar las actividades ilegales, no mencionaba a Henríquez directamente.⁷⁴ Tres meses después, el Senado y la Cámara de Diputados insistirían en su propuesta al solicitar una investigación oficial sobre las actividades de Henríquez y sus más cercanos colaboradores.⁷⁵ En el transcurso de los días siguientes, Ernesto Soto Reyes, Vicente Estrada Cajigal, Bartolomé Vargas Lugo y César Martino fueron detenidos y sometidos a varios interrogatorios en la Procuraduría de Justicia.⁷⁶

Junto con las condenas oficiales, la prensa se convirtió también en un factor activo de divulgación de rumores en contra de los henriquistas. Influenciados por el discurso anticomunista gubernamental, los periódicos denunciaron con frecuencia la existencia de supuestos planes para derrocar al gobierno, dirigidos por "los rojos" que se habían infiltrado en la FPPM. La represión del siete de julio se justificaba, sobre la base de que la manifestación había sido un acto de provocación de estudiantes comunistas y agitadores profesionales en contra de la policía y el ejército. Con este discurso la prensa contribuyó de manera activa y constante a la campaña terrorista contra los disidentes políticos.

Por su parte, el partido oficial proclamó su victoria aun antes de que el proceso electoral hubiera concluido. Usando un lenguaje triunfalista, los líderes del PRI acusaban a todos aquellos que no podían aceptar su derrota e insistían en ser víctimas de un fraude. Ciertamente, el PRI pronto se unió a la campaña en contra de los "subversivos" exigiendo la cancelación del registro oficial de la FPPM.⁷⁷

Atacados por todos los frentes, Henríquez y sus colaboradores carecieron de una estrategia claramente definida con la cual mantener su fuerza política. Militar antes que político, Henríquez no tenía mucho que ofrecer. Como candidato, había proclamado frecuentemente que la FPPM

no permitiría el fraude electoral, pero en lugar de explicar cómo se podría prever o evitar el robo de su supuesta victoria, se limitó a amenazar con la movilización de una oposición masiva.⁷⁸

La respuesta política al fraude habría de consistir, principalmente, en el rechazo por parte de los líderes de la FPPM a participar en el proceso de legalización de los resultados electorales. Defendiendo continuamente la supuesta victoria, habían decidido no asistir a las reuniones de la Comisión Federal Electoral que, de antemano sabían, habría de validar la victoria del PRI.⁷⁹ El creciente resquebrajamiento de la unidad política dentro del partido henriquista se hizo evidente cuando varios candidatos a diputados desobedecieron a su directiva y aceptaron el ofrecimiento de permanecer en las reuniones de la CFE como miembros de la FPPM a cambio de obtener la validez de su triunfo.⁸⁰ Este habría de ser uno de los primeros síntomas del proceso de desintegración que se empezaba a gestar en las filas de la FPPM.

De cualquier manera, de acuerdo a reportes policíacos e información publicada en la prensa, se rumoraba que algunos de los principales líderes del partido habían decidido presionar al gobierno instalando un Congreso independiente en la ciudad de Apatzingán, lo que se situaba en la misma línea del rechazo al proceso oficial de legitimación.⁸¹ Sin embargo, pronto aparecieron declaraciones del jefe militar de Michoacán anunciando que los henriquistas no podrían reunirse en el estado por ningún motivo.⁸² Peor aún, poco después se mencionaba en la prensa que el propio general Henríquez había desaprobado la idea al considerarla inútil. En la medida en que las fisuras se extendían dentro de las filas henquistas, la maquinaria oficial seguía los pasos legales necesarios para validar el triunfo de Adolfo Ruiz Cortines.

El trece de agosto, la Cámara de Diputados se constituyó en Colegio Electoral para calificar y expedir los resultados oficiales de la elección. Un mes después, el doce de septiembre, el Colegio declaró oficialmente a Adolfo Ruiz Cortines como presidente electo con 2,713,419 votos a su favor, 74.31% de la votación total. Henríquez había obtenido 579,745 votos, el 15.87%.⁸³ Aun-

que la FPPM había conseguido el más alto porcentaje de votos concedido a la oposición en las cifras oficiales, la victoria quedaba reservada para el PRI.

Como era de esperarse, la inquietud creció entre todos aquellos que sufrían cotidianamente la represión y no veían ninguna medida organizada para mantener la lucha por la victoria. La única recomendación de Henríquez era mantener la calma y permanecer unidos. Por esa razón, pronto surgiría la organización autónoma de henriquistas que habrían de llevar a cabo un intenso programa de movilización.

Aunque los líderes disidentes hicieron de la democracia su bandera principal, su partido carecía de una estructura democrática. Por el contrario, la FPPM estaba organizada de manera personalista y la autoridad se ejercía verticalmente. Una vez terminada la campaña, las similitudes entre las dirigencias del PRI y la FPPM en sus actitudes hacia las bases de sus partidos se volvieron más evidentes: ambos grupos formaban núcleos distantes y separados de la gente, a la que se volvían solamente cuando el apoyo masivo era requerido. En los meses posteriores a julio las demandas populares fueron abandonadas, aunque ahora la dirigencia henriquista se enfrentaba al hecho de que había sido más fácil empezar el movimiento que detenerlo. Durante varios meses las bases de la FPPM intentaron realizar varios mítines que habrían de terminar siempre de la misma manera: dispersión violenta por la policía, arrestos y condenas públicas para los agitadores.⁸⁴

Los rumores sobre una posible reacción violenta para defender la victoria de la Federación se incrementaron rápidamente al cerrarse otros caminos; sin embargo, los líderes trataron de mantener la calma, puesto que después de la represión del siete de julio la mayoría habían sido llamados a declarar acerca de su participación en la Fiesta de la Victoria y temían un posible arresto en virtud de la campaña terrorista desencadenada por el gobierno. Además, la represión y la consiguiente desorganización habían acentuado las diferencias entre los grupos y tendencias que se habían unido durante la campaña, impidiendo la definición de una estrategia común para continuar su lucha. Aquellos que se habían unido al

henriquismo para poder negociar después su posible incorporación al nuevo régimen, pronto encontraron la forma de entrar a las filas oficiales que, por lo demás, recibieron gustosas a los disidentes arrepentidos.⁸⁵ Por otra parte, aquellos que desde un principio habían considerado la posibilidad de defender su supuesta victoria con el uso de las armas, dedicaron sus esfuerzos al establecimiento de una red de grupos armados a nivel local para apoderarse del poder municipal.

Desde sus orígenes, uno de los principales riesgos del henriquismo fue su perfil militar. Si el camino a la participación política institucionalizada estaba cerrado, para los grupos más radicales dentro de la FPPM la violencia se convirtió en la única alternativa. Algunas de las organizaciones internas que habían sido creadas durante la campaña, pronto se transformaron en organizaciones paramilitares dispuestas a llevar a cabo levantamientos locales en ciertos estados. Una vez más, el descontento campesino sería manipulado en función de obtener apoyo para los grupos armados que tratarían de tomar las municipalidades.⁸⁶

En noviembre de 1952 el presidente Alemán hizo una visita a Michoacán y fue recibido por el general Cárdenas. Entrevistado por la prensa, el expresidente criticó las tendencias hacia la violencia que se desarrollaban en el seno de la FPPM: "no es con armas ni con motines como se pueden resolver en la actualidad las cuestiones internas del país". De acuerdo a lo publicado en los periódicos, Cárdenas negó su participación en la campaña electoral y objetó el que su nombre fuera utilizado como bandera por algún grupo político. Aún más, se había negado a aceptar la misma existencia de estos grupos: "Todos somos de la misma familia revolucionaria".⁸⁷

Más adelante, Cárdenas escribió en su diario que su declaración había sido manipulada por los periodistas para responder a intereses políticos.⁸⁸ Sin embargo, sus supuestas declaraciones provocaron intranquilidad y enojo entre los henriquistas. Hasta ese momento los rumores sobre la relación entre Cárdenas y Henríquez habían continuado y eran lugar común de los editoriales políticos. La negativa abierta de Cárdenas dejaba ahora a los henriquistas sin un elemento político

fundamental, lo que sumado a las divisiones internas, la falta de una estrategia coherente y la radicalización dentro de la FPPM habría de acelerar la desbandada entre sus filas.

El expresidente aceptó la victoria legal del candidato del PRI, reafirmando su defensa de la institucionalidad. Aunque inicialmente había sido un "apoyo pasivo" de la lucha por la democracia, atraído por la posibilidad de forzar al sistema a adoptar procedimientos más democráticos, a la larga prefirió apoyar a un régimen abiertamente autoritario tratando de evitar la violencia y la inestabilidad política.

La alternativa propuesta por el henriquismo había sido fortalecer al sistema, democratizando el proceso de renovación del poder. El partido debería actuar como un foro para la circulación de los grupos políticos, fomentando la participación popular en oposición a la autocrática decisión presidencial sobre la sucesión. De hecho, la sucesión de Cárdenas había permitido una participación política más amplia para muchas de las organizaciones populares del momento. Aunque la decisión final concerniente al sucesor había estado en las manos de Cárdenas, el partido y el Congreso habían actuado como foros para la discusión política, presionando a los precandidatos para tratar abiertamente de ganar el apoyo de estas organizaciones.⁸⁹ La actitud de Henríquez en 1951 había estado basada en los mismos principios: expresar abiertamente sus ambiciones políticas, esperando de los rivales una actitud similar. De ahí que la disyuntiva en 1952 fuera la democratización del sistema político o, por el contrario, la consolidación del autoritarismo existente. Triunfó la segunda.

De cualquier manera, la pérdida principal en este movimiento habría de ser la confianza popular en la posibilidad de participar democráticamente en política. A través de una campaña sorprendentemente larga que había durado más de diez meses, el henriquismo había dejado de ser la organización de un grupo de políticos preocupados por su participación en la esfera del poder, para convertirse en un movimiento popular sostenido por amplios grupos sociales en desacuerdo tanto con el régimen de Alemán como con los partidos de izquierda. De hecho, la FPPM se había convertido en un frente popular que permitía la existencia de distintas perspectivas ideológicas en su seno. El elemento común había sido el rechazo a las políticas del régimen que, a su vez, había decidido finalmente suprimir cualquier forma de movilización masiva.

Como mencionó Ernesto Soto Reyes, el henriquismo había fomentado el compromiso cívico de la gente a lo largo de la campaña. Sin embargo, la represión y la falta de compromiso del liderazgo henriquista contribuyeron en gran medida a la desilusión general sobre las posibilidades de la participación política. Si el henriquismo ha sido descrito como el último movimiento de disidencia abierta en las filas de la "familia revolucionaria", debería también ser considerado como la última vez que existió en México la creencia masiva en la posibilidad de participar activamente en política. Después de las sucesivas derrotas infligidas por los políticos posrevolucionarios a las huestes populares, la derrota de 1952 fue definitiva. Una vez más el personalismo y el autoritarismo ganaron la batalla en contra de la participación popular.

Notas

1 *El Universal*, 16 de julio de 1952.

2 *Ultimas Noticias de Excelsior*, 7 de julio de 1952.

3 *Excelsior*, 8 de julio de 1952.

El Universal, 8 de julio de 1952.

4 Existen versiones encontradas acerca del origen político de Henríquez Guzmán; aunque hubo quienes lo consideraron un militar huertista, la mayoría de sus referencias biográficas mencionan su participación como

miembro del grupo de cadetes que acompañó al presidente Madero a Palacio Nacional el 9 de febrero de 1913. Véase *Diccionario Porrúa*, 5a. ed., México, 1986, p. 1374; *Enciclopedia de México*, Tomo VI, México, 1972, p. 386; Miguel Angel Peral, *Diccionario Biográfico Mexicano*, Vol. I, México, PAC, 1945, p. 377; Roderic Ai Camp, *Mexican Political Biographies, 1935-1975*, The University of Arizona Press, 1976, p. 161; Carlos Martínez Assad,

El Henriquismo, una Piedra en el Camino, Mexico, Martín Casillas, 1982, pp. 14-15.

5 Carlos Martínez Assad, *El Laboratorio de la Revolución. El Tabasco Garridista*, México, Siglo XXI, 1979, pp. 239-240; Carlos Martínez Assad, *El Henriquismo*. . . p. 14.

6 Lázaro Cárdenas, *Obras: I-Apuntes 1913-1940*, Vol. 1, México, UNAM, 1973, p. 406: "12 de enero de 1939. Hoy a primera hora me dio aviso por teléfono el general Avila Camacho, secretario de la Defensa Nacional, de haber recibido parte telegráfico del C. general Miguel Henríquez, jefe de la Zona Militar en San Luis Potosí, de que en tiroteo sostenido ayer con partida rebelde en Cerro Ventanas, quedó muerto el exgeneral Saturnino Cedillo. Lamento su muerte. Siempre fue mi deseo que se acogiera a la amnistía que se le anunció".

7 *El Nacional*, 1o. de febrero de 1939, citado por Carlos Martínez Assad, *El Henriquismo*. . . , p. 15.

8 Daniel Cosío Villegas, *La Sucesión Presidencial*, México, Joaquín Mortiz, 1975, p. 94; Gonzalo N. Santos, *Memorias*, México, Grijalbo, 1986, p. 703; *Enciclopedia de México*. . . , Tomo VI, p. 386; Miguel Angel Peral, *op. cit.*, p. 377.

9 Luis Medina, *Civilismo y Modernización del Autoritarismo*, México, El Colegio de México, 1979, p. 60; Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 703; Octavio Rodríguez Araujo, "El henriquismo: última disidencia política organizada en México", en *La Sucesión Presidencial en México. Coyuntura electoral y cambio político*, México, UNAM-Nueva Imagen, 1981, p. 155. En abril de 1945 la prensa anunció una gira de inspección del Secretario de Comunicaciones (y futuro presidente de la FPPM) ingeniero Pedro Martínez Tornel, con los "contratistas de obras de carreteras nacionales" Jorge Henríquez y Jorge Larrea, para conocer el avance de ciertas carreteras en construcción.

10 El 10 de diciembre de 1940 el presidente Avila Camacho ordenó el retiro de los militares del Partido de la Revolución Mexicana. Por su parte, la CNOP se constituyó formalmente el 28 de febrero de 1943 en la ciudad de Guadalajara. Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionalizada. La Formación del Nuevo Estado en México (1928-1945)*, SEP/SXXI, México, 1986, p. 392 y p. 428.

11 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 174.

12 *Excélsior*, 6 de junio de 1945.

13 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 175.

14 *Excélsior*, 10 de junio de 1945.

15 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 191.

16 Inicialmente presidieron esta organización el licenciado Raúl Castellano; senador León García; licenciado Agustín Leñero; senador Antonio Mayés Navarro; diputado Cosme Aguilera; diputado Diego Hernández Topete; general Pedro Rodríguez Triana; general Genovevo de la O; señor Vicente Estrada Cajigal y el senador Evaristo Jiménez Valdez. *Excélsior*, 31 de octubre de 1945.

17 El argumento utilizado para excluir a Vicente Lombardo Toledano de las filas cetemistas fue el de su activa participación en la formación del Partido Popular (PP), al que el gobierno y la dirigencia de la CTM consideraban partido de oposición. El PP quedó formalmente registrado el 20 de junio de 1948, con Lombardo como secretario general.

18 El caso del gobernador de Jalisco, Marcelino García

Barragán, resulta representativo de este proceso. Reconocido henriquista en 1945, fue destituido del gobierno por el Congreso Local dos semanas antes de que concluyera su periodo, con el acuerdo del presidente Alemán. Luis Medina, *op. cit.*, pp. 96-98.

19 Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, pp. 118-119.

20 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, pp. 399 y 403.

21 Ciertos grupos en el ejército apoyaron la candidatura del general veracruzano Cándido Aguilar, quien el 3 de noviembre de 1951 fue designado candidato a la presidencia por el Partido de la Revolución, mismo que no logró obtener su registro oficial. Más adelante, el general Aguilar retiró su candidatura y terminó apoyando al general Henríquez Guzmán. (Véase Octavio Rodríguez Araujo, *op. cit.*, pp. 164-167).

22 Cárdenas cuestionaba la decisión de excluir al sector militar del PRM: "Estimo que no se estudió con profundidad el caso, ya que pretender se mantenga alejado al Ejército de su ejercicio cívico y no hacerlo organizadamente, es engañarse el gobierno y engañar a la nación". Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 365.

23 El 16 de diciembre de 1951, el Partido Popular designó a Lombardo Toledano como su candidato a la presidencia de la República, pese a esfuerzos previos de varias organizaciones por presentar una candidatura única de la izquierda. En abril de 1952 se dio un nuevo acercamiento en busca de la unificación entre Lombardo, Henríquez y Cándido Aguilar, que no prosperó. (Véase Octavio Rodríguez Araujo, *op. cit.*, pp. 164-167).

24 *Excélsior*, 21 de abril de 1950.

25 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, pp. 400-401.

26 *Excélsior*, 29 de agosto de 1950.

27 *Excélsior*, 27 de abril de 1950.

28 Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 127; Olga Pellicer de Brody y José Luis Reyna, *El afianzamiento de la estabilidad política*, México, El Colegio de México, 1978, p. 46.

29 Archivo General de la Nación (AGN), Ramo Gobernación, (311-p) 29.

30 César Martino fue Jefe del Departamento Agrario durante el sexenio de Lázaro Cárdenas y Director del Banco Nacional de Crédito Ejidal en el sexenio de Manuel Avila Camacho. Por su parte, Wenceslao Labra era exgobernador del estado de México y fundador de la CNC en 1938. Evidentemente, no tuvieron dificultades para ganar influencia entre el campesinado.

31 "Manifiesto a los trabajadores del campo", emitido el 24 de noviembre de 1950 por el Comité Organizador de la Unión de Federaciones Campesinas de México. Tomado de *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, Vol. IV, Núm. 3, julio-sept. 1952, p. 365.

32 *El Universal*, 13 de diciembre de 1950.

33 *Historia Documental del Partido de la Revolución, PRI, 1951-1956*, Vol. 6, México, PRI-ICAP (Instituto de Capacitación Política), 1982, p. 19.

34 *El Universal*, 14 de diciembre de 1950.

35 En su edición del 14 de diciembre de 1950, *El Universal* observó que el general Henríquez no había recibido la credencial del PRI aunque la había solicitado desde algunos días antes. En cambio, recibió la visita del secretario general de ese partido, Jesús López Bermúdez, quien le comentó que no se estaba ajustando a las reglas priístas, ya que al constituir la FPPM sus amigos estaban involucrados en actividades futuristas. Aunque Henríquez ar-

gumentó que otros políticos estaban en lo mismo, no recibió su credencial.

- 36 Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 127.
- 37 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 452.
- 38 Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 128.
- 39 Olga Pellicer de Brody, *op. cit.*, p. 50.
- 40 Enrique Quiles Ponce, *Henríquez y Cárdenas, ¡Presentes! (Hechos y realidades en la campaña henriquista)*, México, Costa Amic, 1980, p. 69.
- 41 Enrique Quiles Ponce, *op. cit.*, p. 61.
- 42 AGN, *Gobernación*, (311-P) 29 (2).
- 43 Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 112.
- 44 *Ibid.*, p. 114.
- 45 AGN, *Gobernación*, (311-P) 29 (2).
- 46 *Historia documental*. . . , p. 39.
- 47 Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, pp. 114-115.
- 48 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 441.
- 49 *Historia documental*. . . , pp. 47-101. Además del PRI, la FPPM y el PP, el PAN nombró como su candidato presidencial a Efraín González Luna.
- 50 Enrique Quiles Ponce, *op. cit.*, pp. 94-96.
- 51 *Ibid.*, pp. 162, 184, 233-234. AGN, *Presidentes*, Miguel Alemán, 621/20262; 620/18075.
- 52 *Ibid.*, pp. 78, 119, 138, 227.
- 53 Algunos de los más notables representantes de las corrientes políticas que se integraron a la FPPM fueron: Francisco J. Múgica e Ignacio Ramos Praslow, fundadores del Partido Constitucionalista Mexicano; Graciano Sánchez, líder agrarista y fundador de la CNC; Genovevo de la O y Rubén Jaramillo, zapatistas, y Celestino Gasca, dirigente obrero.
- 54 *Ibid.*, p. 79, p. 128.
- 55 Olga Pellicer de Brody, *op. cit.*, pp. 52-53.
- 56 Enrique Quiles Ponce, *op. cit.*, p. 113.
- 57 AGN, *Presidentes*, Miguel Alemán, 252/14362; 315/26271.
- 58 Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 129.
- 59 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 449, pp. 458-460.
- 60 Enrique Krauze, *Lázaro Cárdenas, General Misiónero*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 181-182 (Biografías del Poder, No. 8).
- 61 Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 131.
- 62 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 453.
- 63 *Excélsior*, 3 de marzo de 1952.
- 64 *Excélsior*, 6 de marzo de 1952.
- 65 *Excélsior*, 10 de marzo de 1952.
- 66 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, pp. 463-464.
- 67 Enrique Quiles Ponce, *op. cit.*, p. 266.
- 68 Martínez Assad, *El henriquismo*. . . , p. 53.
- 69 Enrique Quiles Ponce, *op. cit.*, p. 261.
- 70 Octavio Rodríguez Araujo, *op. cit.*, p. 170.
- 71 *Excélsior*, 7 de julio de 1952.
- 72 *Excélsior*, 9 de agosto de 1952.
- 73 *Excélsior*, 10 de julio de 1952.
- 74 *El Universal*, 17 de julio de 1952.

75 *Excélsior*, 1o. de octubre de 1952.

76 *Excélsior*, 3 de octubre de 1952.

77 El 18 de febrero de 1954, el PRI solicitó a la Secretaría de Gobernación que cancelara el registro oficial de la FPPM. La razón argumentada era que algunos días antes, el cinco de febrero, el Partido Constitucionalista, en alianza con la FPPM, había organizado una manifestación que terminó en batalla campal contra la policía. De nuevo, los henriquistas fueron acusados de alterar el orden público, aunque esta vez el argumento fue llevado hasta sus últimas consecuencias: el 24 de febrero, Gobernación expidió un decreto cancelando la existencia legal de la FPPM.

78 Con toda seguridad otras razones influyeron en la pasividad política del general Henríquez. Ya desde 1945 fue acusado de retirarse de la pelea para no poner en riesgo sus actividades como contratista y empresario. En 1952 se desató una campaña de persecución fiscal en algunas de las empresas de su hermano Jorge, que seguramente contribuyó a tranquilizar al candidato presidencial. Como corolario de su carrera política, en 1971 el presidente Luis Echeverría le concedió la Medalla a la Lealtad.

79 *El Universal*, 30 de julio de 1952; *Excélsior*, 14 de agosto de 1952.

80 *Excélsior*, 7 de agosto de 1952.

81 AGN, *Presidentes*, Miguel Alemán, 252/350; *Excélsior*, 16 de julio de 1952; 10 de agosto de 1952.

82 *Excélsior*, 10 de agosto de 1952.

83 Vicente Lombardo Toledano, del PP, obtuvo 72,482 votos, el 2% del total, en tanto que el candidato del PAN, Efraín González Luna, obtuvo 285,555, es decir, el 7.9% del total. AGN, *Presidentes*, Miguel Alemán, 252/350; *Excélsior*, 13 de septiembre de 1952.

84 El 6 de noviembre se llevó a cabo en la residencia del general Henríquez un mitin que congregó a más de 30,000 personas; al terminar, unos doscientos henriquistas se dirigieron a la casa del general Cárdenas para "invitarlo" a unirse al henriquismo. Obviamente, no fueron recibidos. AGN, *Presidentes*, Miguel Alemán, 252/350.

85 César Martino, Vicente Estrada Cajigal y Marcelino García Barragán fueron algunos de los más prominentes henriquistas que regresaron a trabajar en las filas oficiales. En particular, el presidente Gustavo Díaz Ordaz fue generoso con los antiguos disidentes.

86 El 12 de octubre el ejército descubrió los preparativos para un levantamiento en Puebla, aunque posteriormente se negó la información. La prensa dio a conocer que había más de cincuenta detenidos. Días después, se descubrió un contrabando de armas considerable en Tamaulipas.

87 *Excélsior*, 7 de noviembre de 1952.

88 Lázaro Cárdenas, *op. cit.*, p. 483.

89 Luis Medina, *Del Cardenismo al Avilacamachismo*, México, El Colegio de México, 1978.

